

ALGO MÁS

Concédeme, Señor, saber y entender
si es primero el invocarte que el alabarte,
si es primero el conocerte que el invocarte.
Pero, ¿quién te invoca, si no te conoce?
Porque el que no conoce puede invocar
una cosa por otra.
¿No te invoca, más bien, para conocerte?
Pero, ¿cómo invocarán a aquél en el que no han creído?
Y ¿cómo creerán, si nadie predica?

SAN AGUSTÍN

Soy una mujer que llora,
Soy una mujer que habla,
Soy una mujer que da la vida,
Soy una mujer que golpea,
Soy una mujer espíritu,
Soy una mujer que grita.

Soy Jesucristo.
Soy San Pedro.
Soy un santo.
Soy una santa.

MARÍA SABINA*

(*Letanías para oficiar bajo la experiencia de los hongos.)

Yo te conjuro por Tizón
y por carbón
y por cuantos diablos con ellos son,
y por el diablo cojuelo,
para que con propio vuelo
me traigan a mi amor.
Venga, venga y no se detenga
por el aire como torbellino
sin que encuentre tropiezo en su camino.*

(*Conjuro satánico, 1596.)

Hace un momento,
mi madre y yo dejamos de rezar.
Rezar con mi madre ha sido siempre
mi más perfecta felicidad.
Cuando ella dice la oración Magnífica,
verdaderamente glorifica mi alma el Señor
y mi espíritu se llena de gozo para siempre jamás.

CARLOS PELLICER*

(*^Invocación*, 1899.)

Shiva y Parvati:

Los adoramos
no como a dioses,
 como a imágenes
de la divinidad de los hombres.
Ustedes son lo que el hombre hace y no es,
Lo que el hombre ha de ser
Cuando pague la condena del quehacer.

OCTAVIO PAZ*

(*Domingo en la isla de Elefanta, India, 1967.)

Habíanos sobre el ser interior -dijo un hombre
a quien él (el profeta) respondió con su infinita ternura:

"El secreto de las noches y los días late silencioso en los corazones;
pero los sentidos sufren por no conocer tal maravilla.
Necesitan saber en palabras lo que el espíritu sabe desde siempre.
Requieren tocar las manos la desnudez de los sueños.
Y si así fuere, eso será bueno.
Pues un mar ansioso espera la llegada de las aguas del manantial
que brota de las almas y que inquieto busca su cauce.
Busquen en sí mismos y el tesoro de sus más recónditos secretos
les será descubierto.
Más no cometan el error de poner en una balanza su desconocida riqueza
o de registrar con cuchillos y sondas los secretos del conocimiento.
Porque el interior del ser es un mar que no puede ser medido.
Nunca piensen 'He encontrado la verdad', pues es más correcto
pensar 'He encontrado una verdad'.
Nunca digan 'He encontrado la senda del espíritu', porque lo que
en realidad han encontrado es el espíritu caminando en su senda.
Ya que todas las sendas han sido holladas por el espíritu
y él no camina en línea recta ni crece como el bambú.
El alma es como una flor que se despliega en incontables pétalos."

KHALIL GIBRAN

Una cita en el portal

Mi madre estaba siempre ocupada con tantas faenas y tantos hijos, tantos, que a veces no sabía quién era quién. Trajinaba a mañana, tarde y noche y no tenía tiempo para detenerse a mirar. Pero nosotros la adivinábamos y conocíamos la rutina de la casa y la tarea de cada uno. Así, si llamaba a Ana para traer el carbón, sabíamos que buscaba a María, si llamaba a Sara para llenar de agua los cántaros, era a Lucía, y Andrés y Santiago ignoraban su llamado si se trataba de acarrear los costales de azúcar porque ésa, era labor de Miguel, Mi ventaja era ser la de en medio porque mamá no me cuidaba tanto como a los menores ni me requería tanto como a los mayores. "¡Esta niña, dónde se mete que no acaba nunca de destender la ropa!", se quejaba con mi padre cuando yo no cumplía con mis obligaciones. "Si mujer, sí, ahora me va a oír" -respondía él. Pero en lo que papá encontraba tiempo y ganas de regañarme, empezaba a bajar el sol y yo corría a buscar a mi abuela, como todas las tardes.

A esa hora el pueblo dormía la siesta, y sólo un relevo de perros me acompañaba ladrando en mi prisa irreverente hasta la orilla del río, por donde se hace angostito. Del otro lado, alertado por el escándalo me esperaba Velador moviendo la cola impaciente. Al mirarnos, él se sacudía el miedo y yo las sandalias y nos encontrábamos en el agua. No sé cuál de los dos era más feliz. Jugábamos hasta cansarnos y ya después, empapados, acudíamos a la cita.

A la mulata bonita de la casa del palmar, bajando el puente, todos le decían "la abuela", pero era mi abuela, mía. La encontrábamos en el portal, sentada en su mecedora cosiendo, bordando, remendando; siempre ahí, en el lugar más fresco de la casa, el único en el que a esa hora del día eran

soportables el calor y el sopor de después de la comida. Ya nos estaba esperando y fingía no darse cuenta de que veníamos mojados, así que mientras Velador se lamía el agua y yo me exprimía el vestido, ella iba a traer la servilleta en la que a duras penas iba yo logrando darle forma a una flor de punto de cruz. Tomando sorbos de café cargado en su jarrito de barro, que después volvía a poner sobre las brasas para que cada trago estuviera mas caliente que el anterior, mi abuela me dejaba contarle. Ella escuchaba todo: quejas, fantasías, preguntas interminables, mentiras y verdades, de esas que se tienen a los doce años. Me dejaba hablando horas y horas y de vez en cuando interrumpía para decirme -¡ay mi'jita, cuánta cuerda!

Al anochecer, el aire dejaba de oler a pina y a mango y el aroma del "huele de noche" lo envolvía todo. Entonces, algo le ocurría a mi abuela porque se transformaba y era ella la que empezaba a hablar. Me contaba historias que me fascinaban. O tal vez lo que me fascinaba era oírla hablar. Con su acento jarocho, con las "malas palabras" con las que salpicaba su relato y que me regocijaban porque tenían sabor a pecado, mi abuela me hablaba de su padre, del mío, de mujeres, del mar. A veces parecía que hablaba en voz alta para sí misma, pero ella sabía que la escuchaba, que cada una de sus palabras iban formando un bajorrelieve en mi memoria y en mis sueños de niña, que me iba haciendo mujer al ritmo de sus sorbos de café. "Las mujeres -decía- amamos hombres, echamos raíces, parimos hijos y esperamos". Quería enseñarme a desear, a obtener, a saber cómo decir y cuándo callar, a perdonar sin olvidar "porque cuando olvidamos mi'jita, nos morimos un poco".

Mientras tanto yo crecía, demasiado pronto crecía y un día me fui.

La impaciencia me llevó lejos del pueblo, de mi abuela, de su amparo y sus aromas. En el camino me atropello la vida y no me ahorró ninguno de sus tormentos y tormentas. Allá lejos supe de amores y desamores, de ilusiones y tropiezos, de transitar por la ciudad, por la universidad y por la liberación femenina. Hasta que un día la añoranza me dolió en los huesos y regresé.

El pueblo ya no dormía la siesta ni había perros que me acompañaran hasta la orilla del río, pero al bajar el puente, ahí estaba, flaco y viejo, Velador. Se tardó algún tiempo en reconocermé. Ya no podía sacudirse el miedo, y cuando la abracé, no sé cuál de los dos gemía más. Nos quedamos mucho tiempo juntos al puente mirándonos y recordando. Cuando le pregunté por la abuela caminó hacia la casa despacio, como no queriendo llegar, como diciéndome que ya no nos esperaba. Ai ver la casa se me opri-

mió el corazón. Todo estaba abandonado, casi derruido, pero el portal y la mecedora seguían ahí, negándose a desaparecer. Sólo pude llorar, llorar sin tregua, mientras Velador trataba de beberse todas mis lágrimas. Pero al anochecer ocurrió un milagro. De pronto comprendía que mi abuela no se había ido, que no se iría nunca, que me esperaba para contarme su historia y la mía, para dejarme contarle. Entonces pude decirle que había amado hombres, echado raíces y parido hijos, que había aprendido a tomar la vida a sorbos lentos y calientes como su café. Que había llevado conmigo sus saberes sin título ni tiempos, y el perfume de nuestros encuentros en el portal.

LILIA ESTHER VARGAS I.